

El juicio del 23-F

*Hilo directo***Los eslabones de la argolla**

Lo preocupante es que el CESID, como tal «servicio de inteligencia» superorganizado, ramificado, compartimentado y dotado... «para la defensa nacional», no se enteró del «golpe que se cernía». Y debió enterarse. Y desbaratarlo. Aunque aun cabe, en no sé qué bolsillito del optimismo, pensar que sí, que prueba de que se enteró en que hubo «agentes provocadores», «capitanes arañas», «fingidos coordinadores», «comandantes que empujaban...», imprimiéndole a la «asonada» un ritmo de frenesí en las vísperas calientes del día «D», para que aquello fuera... una «chapuza» llamada a fracasar. El hecho visible es que dos hombre del CESID ocupan sillas de acusados, lamentablemente separados de sus compañeros de proceso; marginados, sin trato y... con amago de maltrato, con «rancho aparte». ¿Cómo «traidores» al golpe? O ¿cómo «espías» del golpe?

Esos dos hombres, Cortina y Gómez Iglesias, sólo pueden estar ahí donde están por una de tres: o conspiraron, «a título personal». O fingieron que conspiraban, «a título oficial». O una maquiavélica imaginación, tardía pero contumaz, hilvanando retales de contactos, domicilios, presencias casuales, coches aparcados... confeccionó una historia de verosímil implicación que, a su debido tiempo, recitarían el coronel Manchado, el teniente coronel Tejero, los capitanes Abad, Acera, Bobis... sin descadirse unos de otros, como si un ágil «correo del zar», de prisión en prisión, les hubiese administrado la misma lección a todos. No sé yo quien, hoy por hoy, señale en qué casilla de la tripleta está la verdad. Ahora bien, tanto si conspiraron y tuvieron la habilidad de no dejar rastros, zafándose a tiempo, como si ni siquiera estuvieron en el juego, ¿no es extraño ese afán por meterles, a toro pasado, en el polígono de la rebelión, cuando tantos «innominados» asistentes a reuniones conspiratorias, enlaces y porta-maletines han quedado descarada y declaradamente fuera «porque no queremos implicar a más personas»? Sólo cabe abocar a una razón: con esos dos eslabones sucesivos (Gómez Iglesias, contacto de Cortina; Cortina, contacto de...) se llega hasta la argolla «madre», ira común de los otros treinta acusados: el general Armada. Y... la hipótesis de un «penacho» de generales, que «no estuvieron en este golpe, sino en su dinamitación».

La historia de Gómez Iglesias en el escenario próximo del 23-F puede narrarse «a la manera fiscal» o al «modo ingenuo». Tiene dos lecturas. Por ejemplo: El mismo reconoce que va, con su mujer y dos de sus hijos, el miércoles 18-F, a casa de Tejero, «de visita», porque se conocen de tiempo atrás en Guipúzcoa, le visitaron en prisión cuando la «Galaxia» y seguían queriéndose. Tejero no está. Cuando llega pide a Gómez Iglesias que le lleve en su coche... ahí al lado; ¡a Guadarrama de la Sierra!, nada menos. «Y podemos cenar en casa de mi hija.» Parece claro que G. I. no fue a casa de Tejero a conspirar... llevándose a su familia. Y también que Tejero no tenía una cena convenida en casa de su hija, ya que «la improvisaron», con quesitos La Vaca que Rie. Más atinado quizá que a quien Tejero quisiera visitar aquella noche fuese a su yerno (no el de los GEO, sino el entonces teniente de la Guardia Civil destinado en el GAR de El Escorial). Según G. I. se limitó a «llevarle, cenar y traerle». Pero ¿allí de qué se habló? ¿No pudo G. I. quedar enterado de que Tejero buscaba la colaboración de las fuerzas del GAR para la «operación Congreso»? Según Tejero, «G. I. se lo cuenta todo a Cortina y me recomienda que hable yo con él». Y aún más: facilita el contacto en la madrugada del 20 al 21-F. No entremos en la maraña de si fue o no fue en la casa de Biarritz, 3. Pudo ser en cualquiera de las sedes-apartamentos de que disponía Cortina. Pero es curioso este entre las ver-

siones diferentes que Tejero ha dado de cómo llega a verse con Cortina parece prevalecer la de que «G. I. me llevó en su coche». El mismo Simca azul marino en que ya viajó el 18-F. Y cómo Tejero, a la hora de aportar minuciosas descripciones, se olvida de un detalle muy recordable cuando un coche ajeno se ha utilizado dos noches: el picaporte de la portezuela delantera derecha estaba roto y no podía abrirse desde dentro. Eso Tejero no lo menciona.

Ya me extrañé en su día de la súbita recuperación, a base de Buscapina Compositum, que experimentó el cólico nefrítico de G. I. De modo que el 23-F, a las 15,30: «casualmente» pudo estar en el Parque de Automovilismo, en el bar, en el despacho de Manchado, en la biblioteca con cuatro oficiales, en un pasillo diciendo «¡aquí lo que hay que hacer es ponerse el uniforme!»... y, al fin, en el garaje «situando a los autocares en la rampa de salida», hacia el Congreso. Pero, con todo, esta frase quien dice habría oído es precisamente el otro oficial que, como G. I., estaba de paisano: Acera. Y fue a vestirse. Pero la pone en boca de G. I., que no se cambió de ropa. ¿Así, tan tontamente, se dejaron embarcar y embaucar por un «capitán araña», que se quedó en tierra, tomó un taxi y se marchó al CESID? No. No convence. Lo que sí parece cierto es que, pese a su agilidad, G. I. no es «biloco» y no pudo estar saliendo del Parque —zona norte de Madrid— a las 18,15 y... haciendo señas al capitán Muñoz desde un Seat 124 blanco, en el paseo de las Delicias, zona sur, a las 18,25, como se ha pretendido.—Pilar URBANO.